

8 TESTIMONIOS: UNA MIRADA AL PASADO: LAS MEMORIAS DE DON CRESCENTE ERRÁZURIZ

DOI: 10.22199/S07198175.2009.0002.00008

Carlos HALLET, S.J.

Hace 75 años, en 1934, la editorial Nascimento de Santiago de Chile publicaba *Algo de lo que he visto. Memorias.*, de Don Crescente Errázuriz.

Conocido por haber obrado para independizar la Iglesia Católica del Partido Conservador y separarla del Estado en la Constitución de 1925, el que fuera arzobispo de Santiago desde 1918 hasta 1931 ha sido uno de los principales actores de la historia de la Iglesia chilena.

Sus *Memorias* no abarcan el conjunto de su vida: terminan prácticamente con el nombramiento del presbítero Don Mariano Casanova como arzobispo de Santiago en 1887. De allí, el título preciso: *Algo de lo que he visto*. El texto que entregó para ser publicado después de su muerte, lo tenía ya terminado en 1923. No añadió ningún acontecimiento posterior, porque al escribir no quería evocar recuerdos dolorosos, sino que buscaba “entretenimiento a mi ánimo cansado” (p. 328-329). De hecho, son memorias muy incompletas aquéllas que se editaron a los tres años de su fallecimiento, pero son un testimonio privilegiado de la vida santiaguina y de los círculos eclesiásticos de la segunda mitad del siglo XIX en la capital de Chile.

Muy amante de la vida sencilla del pasado, descrito como idílico, el adulto recuerda con mucho agrado sus primeros años como colegial, el tiempo pasado en el Seminario Conciliar y los juegos típicamente chilenos y guerreros como el trompo y el volantín. La ciudad de Santiago que él describe es como un gran pueblo en medio del campo, cuyas costumbres son todavía bastante rurales y donde algunos eclesiásticos más cultos conforman el grupo que acompaña al arzobispo Rafael Valentín Valdivieso Zañartu en su gobierno. Ese pequeño mundo centrado en sí mismo, está lleno de susceptibilidades, en una ciudad donde la vida exige actuar con sutileza y donde fingir es necesario para mantener la separación entre lo público y exterior de lo privado.

Crescente Errázuriz Valdivieso, sobrino del arzobispo, está encima del “bati-borillo” cotidiano, del cual deplora la falta de educación, la increíble mezquindad, la ingratitud y las malas intenciones.

Espíritu agudo y que ama la precisión, al mismo tiempo que lleno de caridad, reconoce las cualidades de los personajes que describe, pero lo hace con un ojo que desnuda los corazones y no deja nada en la sombra. Lamenta que, de repente, pueda haber entre eclesiásticos “una guerra encarnizada, cruel, sin objeto y llena de inconvenientes para la Iglesia” (p. 382, nota). En algún momento, denuncia en ciertos miembros del clero prejuicios y descubre una pasión implacable, que podría en algún caso llegar hasta la enajenación mental. Por otra parte, destaca a santos sacerdotes, entre ellos a Rafael Fernández Concha y Blas Cañas y Calvo.

Crescente Errázuriz, que fue religioso dominico de 1884 a 1906 y firmaba entonces Fray Raimundo Errázuriz, era dotado de un espíritu muy lógico, apto para la dialéctica y buen moralista. En sus *Memorias*, recuerda que “a nadie puede exigirse el cumplimiento de obligación dudosa” (p. 436) y que “si llega un momento en que la conciencia manda claramente no cumplir una ley, el juramento, aun siendo válido, habrá concluido” (p. 437).

El que fue arzobispo de Santiago durante doce años, no ha publicado nada sobre su vida en ese período. Como escribía al presidente José Manuel Balmaceda, su primer amigo en el colegio, “en la soledad del claustro, sin más deseo que terminar en él la vida, tienen particular encanto los recuerdos de los primeros años” (p. 439). Estos recuerdos abundan en sus *Memorias*, que cubren su primer medio siglo de vida. Sobre los más de 40 años que siguió viviendo –murió nonagenario– no tuvo tiempo ni tampoco el deseo de escribir. Se puede extrañar, pero lo que él nos ha legado es ya en sí un valioso aporte a la historia de Santiago y de la Iglesia chilena en la segunda mitad del siglo XIX.

Charles HALLET S.J.
Profesor emérito de la U. C. N.
challet4@gmail.com